

# BRAVE MEN

LA CAMPAÑA DE  
ITALIA 1943-1944



HISTORIA MILITAR



Ernie Pyle

TEMPUS

Brave Men  
La campaña de Italia  
1934-1944

1.<sup>a</sup> parte



Brave Men  
La campaña de Italia  
1934-1944

1.<sup>a</sup> Parte

Ernie Pyle

Traducción de Librada Piñero

TEMPUS

En solemne saludo a los miles de camaradas, verdaderos hombres valientes, que no regresarán a sus hogares, jamás.

He oído que un oficial británico fue al campo de batalla justo después de que acabara la lucha. Había muchachos estadounidenses en el suelo, muertos en las trincheras, con el rifle agarrado entre las manos sin vida, en posición de disparar. El veterano inglés contempló la escena y en una especie de elogio profundo, pronunciado sólo para sí, dijo: «HOMBRES VALIENTES. ¡HOMBRES VALIENTES!».

*Here is your war, Ernie Pyle*

Sicilia: junio-septiembre de 1943

# 1

## Preludio de la invasión

**E**n junio de 1943, cuando nuestras fuerzas militares y navales empezaron a enviar corresponsales de guerra al gran mosaico de la invasión siciliana, a la mayoría nos ofrecieron la posibilidad de elegir qué tipo de destino queríamos: fuerzas de asalto, flota de invasión, cuarteles base en África, o lo que fuera. Puesto que en África no había tenido la oportunidad de servir en la Marina, escogí la flota de invasión, y aceptaron mi solicitud. A partir de entonces, sólo tuve que esperar a que me llamaran a filas. A los corresponsales nos enviaban en un disimulado goteo, unos pocos cada vez, para no delatar posiciones ante el enemigo con un éxodo masivo y repentino.

Bajo las advertencias más adustas de que no repitiéramos lo que sabíamos y ni siquiera habláramos de ello entre nosotros, nos habían hecho un resumen general de los planes de invasión. Algunos de los corresponsales desaparecieron en sus misiones hasta tres semanas antes de la invasión, mientras que a otros no los convocaron hasta el último minuto.

A mí se me llevaron por aire furtivamente unos diez días antes de tiempo. Evidentemente, no nos estaba permitido escribir telegramas a nuestras oficinas diciendo a dónde íbamos, ni siquiera que estábamos yendo hacia alguna parte. Nuestros jefes, espero, tenían el sentido común de dar por hecho que estábamos holgazaneando en el trabajo, no muertos o secuestrados por los árabes.

Tras un largo viaje en avión y un par de trayectos polvo-

rientos en jeep, llegué a Bizerta, Túnez, una ciudad destrozada por las bombas. En cuanto me presenté en el Cuartel general de la Marina me asignaron a un barco que estaba anclado en el puerto, uno de tantos, y me dijeron que podía embarcarme en aquel preciso instante. Había vivido tanto tiempo en el ejército que ya me sentía como un soldado; con todo, era maravilloso entrar en la Marina para variar, sumergirme en la santidad de un mundo que era disciplinado y civilizado comparado con aquella existencia de animales que era el campo de batalla.

Nuestro barco no era de transporte de tropas ni de guerra, pero era muy importante. De hecho, era un buque cuartel. No era enorme, pero sí lo bastante grande para que nos sintiéramos parte de la invasión y lo bastante pequeño para que hubiera intimidad. Para cuando zarpamos ya me había convertido en parte de la familia del barco. Agradecí el retraso, ya que me proporcionó tiempo para conocer a la gente e impregnarme del sentimiento de guerra en el mar.

También transportábamos algunas tropas. Cada soldado pasaba las primeras horas a bordo exactamente de la misma manera. Tomaba una ducha maravillosa, bebía agua con hielo, se sentaba a la mesa y comía en una vajilla de plata auténtica, ordenaba sus bártulos por los mamparos, bebía café, se sentaba en una silla de verdad, leía revistas de actualidad, veía una película después de cenar y finalmente se iba a dormir en un colchón de verdad.

Para muchos de nosotros aquello era demasiado y no dejábamos de lloriquear nuestro agradecimiento hasta que al fin, estoy seguro, la Marina debió de hartarse de nuestro deleite juvenil por cosas que eran comunes para todos los hombres. A bordo había incluso helado y Coca-Cola. Aquello parecía poco menos que un milagro.

No nos dijeron qué día teníamos que zarpar pero estaba claro que no sería inmediatamente, ya que aún había demasiado ir y venir, demasiado ajetreo por el muelle. Aquellas últimas semanas, la actividad para preparar la invasión era tan furiosa que prácticamente en todos los puertos del norte de África las luces

centelleaban durante toda la noche, desafiando al peligro. sencillamente, no había tiempo de ser prudente. Había que continuar cargando el barco, así que dejaban las luces encendidas.

Nuestro barco estaba tan lleno de gente que eran necesarios tres turnos de comedor de oficiales para alimentar a todo el mundo. Cada litera tenía asignados dos oficiales; uno dormía mientras el otro trabajaba. La litera que me habían asignado a mí estaba en uno de los grandes dormitorios inferiores. Allí abajo hacía un calor tremendo, así que el capitán del barco, un veterano aviador naval serio y pensativo, hizo que me subieran a cubierta un catre con un colchón y allí dormía yo, al arrullo de la fresca brisa nocturna del Mediterráneo. El mío era el mejor lugar del barco, incluso mejor que el del capitán.

En nimia compensación por su espléndida hospitalidad, accedía a prestar un toque profesional al periódico del barco, que se mimeografiaba cada día, corrigiendo y organizando los reportajes de noticias que nuestra radio captaba por todo el mundo durante la noche. Esta pequeña tarea implicaba levantarse a las tres de la mañana, trabajar unas dos horas y sentarse a charlar y a beber café con los operadores de radio, hasta que ya era demasiado tarde para volver a la cama a dormir. Como marino no descansaba mucho, pero, como decimos en el mundo de los periódicos, se conoce a muchos operadores de radio interesantes.

Naturalmente, durante la semana que pasé a bordo antes de zarpar rumbo a la invasión, no me estuvo permitido enviar ninguna columna. Me pasaba los días leyendo y charlando con los demás marinos. De vez en cuando entraba corriendo para darme una ducha, como un niño con zapatos nuevos.

Llegué a conocer personalmente a muchos de los marinos y a casi todos ellos al menos de vista. Resultaron ser personas, sin más, y personas agradables, como los soldados. Básicamente eran simpáticos. Todos querían regresar a casa. Estaban dispuestos a hacer cuanto estuviera en su mano para ganar la guerra. Sin embargo, yo notaba una sutil diferencia entre ma-

rinos y soldados, aunque probablemente muchos de los primeros se molestarán: los marinos no estaban tan endurecidos como los soldados. Es comprensible.

El soldado de primera línea que yo conocía vivía durante meses como un animal y era un veterano en el cruel y violento mundo de la muerte. En su vida, todo era anormal e inestable. Iba asquerosamente sucio, comía si podía y cuando podía, dormía sobre el suelo duro y sin nada que le cubriera. Llevaba la ropa grasienta y vivía en una nube constante de polvo, entre moscas y calor, siempre de acá para allá, privado de todo aquello que en su momento había significado estabilidad, cosas como paredes, sillas, suelos, ventanas, grifos, estanterías, Coca-Colas y el pequeño detalle de saber que se iría a la cama por la noche en el mismo lugar en que se había levantado por la mañana.

El soldado de primera línea se ha de endurecer tanto por dentro como por fuera; de lo contrario, la presión le destroza. Aquellos marinos no eran mariquitas, ni por tradición ni por temperamento, pero tampoco eran tipos tan duros como los soldados, al menos el grupo con el que había estado yo.

Un barco es una casa, y la seguridad del hogar había contribuido a que los marinos continuaran siendo más ellos mismos. No soltaban tantas palabrotas ni tan ordinarias como los soldados. No se desmandaban con tanto desenfreno cuando alcanzaban la ciudad. En general, no tenían una actitud tan dura. No se habían alejado de la vida normal tanto como los soldados: cada mañana recibían noticias del mundo en hojas mimeografiadas, tenían radio, películas casi cada noche, helado. Tenían ropa y camas limpias. Llevaban meses pasando por las mismas puertas, subiendo las mismas escaleras. Habían dormido cada noche en el mismo lugar.

Por descontado, cuando un marino muere, la muerte es igual de horrible para él. A veces mueren de golpe en gran número, mayor que el de soldados. Pero hasta que ve al enemigo en el horizonte, un marino no tiene que luchar. Un soldado de primera línea, en cambio, ha de luchar contra todo en todo momento, y eso marca una diferencia en la personalidad de un hombre.

Noté un cambio sutil en los soldados que iban a bordo del barco de invasión. Ya no eran los guerreros capaces de superar cualquier avatar y que había conocido en el campo de batalla, sino hombres callados, casi sumisos; supongo que aquella estancia al estilo americano les había dejado descolocados. A bordo no había las disputas entre soldados y marinos que cabría esperar, ni siquiera sarcasmo o comentarios sobre el desprecio que tradicionalmente sentían unos por otros.

Una noche, mientras estaba hablando con unos cuantos marinos en la popa del barco, éstos expresaron pensamientos que uno nunca habría imaginado que podían salir de la boca de marinos.

—De verdad —dijo uno—, después de ver a estos soldados, me quito el sombrero ante el Ejército, pobres cabrones. Lo aguantan todo y no se quejan por nada. Da pena ver lo agradecidos que están por tener una cubierta dura donde dormir.

—Valoran cualquier tontería que hagamos por ellos —dijo otro—. Tenemos más que ellos y, tío, me desviaría cinco kilómetros de mi ruta para compartir lo que fuera con un soldado.

—Sí, viven como perros y encima son los que han de tomar las playas —dijo un tercero—. Se cargarán a unos cuantos de nosotros, pero a ellos se los cargarán a montones.

—Desde que he oído algunas de sus historias —añadió el cuarto—, me arrodillo cada noche para dar las gracias a Dios por haber sido lo bastante listo para alistarme en la Marina. Y son tan amables en todo. Ni siquiera parecen molestos por todas las cosas que nosotros tenemos y ellos no.

No hablaban en broma en absoluto. Al oírlos, se me hizo un nudo en el cuello. Ahora todo el mundo sabe cuál es mi opinión sobre la infantería. Soy un rabioso movimiento individual que hará lo imposible por localizar a quienquiera que no valore del todo al soldado de primera línea y acabar con él.

Nuestro barco llevaba muchos meses en aguas africanas, pero la invasión de Sicilia sería la primera acción violenta de su tripulación. Sólo tres o cuatro hombres que habían sido torpedeados en el Pacífico habían tenido antes una relación cercana

con la probabilidad de morir de repente. Así que sé que los marinos entraron en acción igual que los soldados van a la primera batalla: aparentemente tranquilos, pero asustados y muertos de preocupación. Es la calma chicha de los últimos dos días antes de empezar lo que afecta tanto. En el período de preparación, el destino parece lejano; sin embargo, una vez en acción, un hombre está demasiado ocupado para tener miedo. Es sólo esos dos últimos días en los que hay tiempo para pensar demasiado.

Una de las noches antes de que zarpáramos, me senté en la oscuridad de la cubierta de proa a ayudar a media docena de marinos a comerse una lata de piña robada. Algunos de los hombres del grupo estaban curtidos; otros eran casi niños. Todos hablaban con seriedad, y aquella gravedad era conmovedora. Los mayores intentaban racionalizar cómo la ley de promedios hacía poco probable que, de entre los cientos de barcos implicados, el nuestro resultara alcanzado. Hablaban de la inferioridad de la flota italiana y argumentaban a favor y en contra de si Alemania se sacaría de la manga algunos aviones para destruirnos. Los más jóvenes hablaban, pero poco. Me comentaban sus planes y esperanzas de ir a la universidad o casarse después de la guerra, y siempre acababan con la coletilla: «Si consigo salir con vida de esta refriega».

Allí sentados en la dura cubierta, como indios, formando un círculo alrededor de nuestra lata de piña, todo aquello me pareció patético. Hasta el más atolondrado de nosotros sabía que dentro de poco un buen número de los allí presentes teníamos muchísimas posibilidades de dejar de estar en este mundo. No creo que ninguno de nosotros temiera a la parte física de la muerte; no es así como funciona. El sentimiento es más bien de reticencia desesperada a renunciar al futuro. Supongo que se te ponen los pelos de punta y que todo se puede incluir en el miedo. Aún así, existe una diferencia.

Estos futuros de grava anhelados por los hombres que van a la batalla incluyen tantísimas cosas: cosas como volver a ver a su «vieja», ir a la universidad, hacer carrera en la Marina, sostener una sola vez sobre el regazo a ese hijo al que aún no conocen, volver a ser el mejor vendedor de su zona, volver a conducir un camión de carbón por las calles de Kansas City y,

sí, incluso volver a sentarse al sol una vez más en la cara sur de una casa en Nuevo México. Cuando nos apiñábamos a oscuras en las cubiertas, eran estas pequeñas esperanzas y ambiciones, no ninguna visualización de la agonía física que nos podía sobrevener, lo que resumía toda nuestra preocupación ante la idea de abandonar este mundo.

Nuestra cubierta y la superior, que parecía un estante, estaban moteadas de pequeños grupos de hombres que conversaban. Me dediqué a escucharles un rato. De una forma u otra, cada grupo comentaba sus posibilidades de sobrevivir. Oí el mismo comentario una docena de veces: «Mira, yo no me preocupo por eso. Lo veo así: si tienes muchos números, los tienes; y, si no los tienes, sobrevivirás pase lo que pase». Absolutamente todas las personas que se expresaban así era unas mentirosas, y lo sabían, pero, caray, un tío bien ha de decir algo. Los mayores ofrecían apuestas incluso de uno a uno que no nos alcanzarían y de dos a uno a que si nos alcanzaban los daños no serían graves. Éstas eran las ofertas, pero no creo que llegaran a hacerse apuestas. De alguna manera, parecía un sacrilegio apostar sobre nuestras vidas.

En una ocasión, oía a alguien maldecir y responder esto a un marino crítico que proclamaba cómo llevaría él las cosas:

—Bueno, supongo que el capitán que está ahí arriba en la cabina debe de tener más materia que tú en la sesera o no sería capitán, así que yo apuesto por él.

—Joder, y tanto —metió baza otra voz de marino—. Ese capitán ha dormido más guardias que tiempo hemos pasado tú y yo en la Marina.

Y así continuó una de las últimas noches en que estábamos en la seguridad previa al ataque. Nunca oía a nadie decir algo patriótico, como reproducen las novelas. Se filosofaba, pero de forma sencilla y sin dramatizar. Estoy convencido de que ningún hombre se habría quedado en tierra si le hubieran dado la posibilidad de hacerlo. Había en ellos algo más grande que el terror espantoso que les habría hecho querer quedarse en la seguridad de la tierra firme. En mi caso, ese algo probablemente fuera un egoísmo irresistible por verme formando parte de un movimiento naval histórico. En el caso de los demás, creo que

era sencillamente la aplicación práctica de un patriotismo franco, tácito, ni siquiera reconocido.

Durante la mayor parte de la semana, nuestro barco había estado alejado del puerto, amarrado a una boya. Sonaba zafarrancho de combate varias veces al día y la tripulación salía corriendo a ocupar sus puestos, pero siempre se trataba tan sólo de un avión de reconocimiento enemigo o uno de nuestros propios aviones. Después nos trasladamos a un muelle. Aquella misma noche nos asaltaron y el barco hizo su bautismo de fuego: perdió la virginidad, como decían los marinos. Me había levantado a las tres de la madrugada, como de costumbre, para subir a trompicones a la cabina de radio y revisar los informes de noticias que hubiera captado la radio. Había varios operadores de radio de guardia y estábamos sentados tomando café mientras trabajábamos. Entonces, de repente, sobre las cuatro de la mañana, sonó zafarrancho de combate. Aún estaba oscuro como boca de lobo. El barco entero cobró vida en un santiamén y los marinos corrían a sus puestos de combate antes de que a uno le diera tiempo a pensar si se habían calzado las botas.

En el puerto ya habían comenzado los disparos, así que sabíamos que esta vez iba en serio. Continué trabajando y los operadores de radio hicieron lo propio o, mejor dicho, intentamos trabajar. Había tal ajetreo de gente entrando y saliendo de la cabina de radio que nos pasábamos la mitad del tiempo a oscuras, ya que la luz se apagaba automáticamente al abrirse la puerta.

Los cañones más grandes de nuestro barco descargaron con un estruendo tal que cada vez que disparaban creíamos que nos había alcanzado una bomba. Nos caían por encima el polvo y los escombros, que lo cubrían todo. También sufríamos las sacudidas de las bombas que caían cerca de nuestra posición.

Las ondas expansivas fueron haciendo añicos, una a una, todas las bombillas. Los gruesos mamparos de acero de la cabina temblaban y traqueteaban como si fueran de hojalata. El barco al completo se estremecía tras cada explosión. El puerto estaba infestado de barcos y todo el mundo disparaba. Los invasores lanzaban bengalas desde el cielo y los reflectores de los

buques de guerra lo peinaban. Llovía metralla sobre las cubiertas con tremendo estrépito.

La contienda duró una hora y cuarto. Cuando hubo acabado e hicimos recuento, descubrimos que habíamos derribado cuatro aviones. Las bajas a bordo era insignificantes —tres hombres heridos— y el barco no había sufrido más daño que los agujeritos de tiros casi errados. Y lo mejor de todo: se nos atribuía el derribo de uno de los aviones.

Aquel ataque aéreo en concreto fue tan sólo uno más de las decenas de miles que han tenido lugar en esta guerra. Por sí sólo ni siquiera merece la pena ser descrito. Lo menciono para mostrarles lo que puede hacer una experiencia genuina en un puñado de jóvenes americanos. Como ya he señalado antes, los muchachos de nuestro barco nunca antes habían entrado en acción. La mayoría de ellos eran estrictamente marinos en tiempos de guerra, todavía de temperamento medio civil. No les habían disparado nunca, y nunca habían disparado sus armas salvo en las prácticas de tiro. Por este motivo, se habían mostrado muy serios, un tanto inseguros y más que un poco preocupados por el suplicio de la invasión que les aguardaba en breve. Y entonces, en cuestión de una hora y media, se convirtieron en veteranos. Su entusiasmo se disparó como lo hacen las líneas de los gráficos cuando los negocios van bien. Unos chicos que antes eran unos manazas, cargaban proyectiles como auténticas máquinas al cabo de un cuarto de hora, cuando la situación fue real. Unos chicos que antes vivían en su rutina vacía habían gritado con una seriedad cortante: «Maldita sea, ¿no puedes pasarme los proyectiles más deprisa?»

El oficial de artillería, al presentar su informe oficial al capitán, lo hizo con estas contundentes palabras de júbilo: «Señor, hemos ganado a esos hijos de puta».

Uno de mis amigos a bordo del barco era Norman Somberg, aerógrafo de tercera que vivía en el 1.448 de la calle 62 Noroeste, Miami. El día antes habíamos estado hablando y me había explicado que había estudiado dos años de periodismo en la Universidad de Georgia y que quería volver a ello tras la guerra. Me di cuenta de que siempre añadía: «Si salgo vivo de esto».

Al amanecer, cuando el ataque aéreo acabó, vino corriendo hacia mí y gritó:

—¿Has visto ese avión que bajaba envuelto en humo?! Tío, si pudiera coger un tren a Miami ahora mismo y me esperaran allí mi novia y mis colegas no me alegraría más que cuando he visto que le habíamos dado a ese tipo.

Estar a bordo del barco tras el ataque aéreo valía la paga de un mes. Los marinos se pasaron el resto del día parloteando, explicándose unos a otros cómo lo habían hecho, qué habían visto, qué habían pensado. Tras aquel intercambio de disparos se había desvanecido buena parte de su reticencia a empezar algo desconocido, sus armas se habían convertido en sus amigos, el enemigo se había hecho real y la guerra había cobrado vida para ellos, y ya no le tenían tanto miedo. Aquella tripulación de marinos acababa de pasar lo que ya habían experimentado antes cientos de miles de soldados y marinos: la transformación de personas pacíficas en combatientes. Esto no tiene nada de especialmente extraordinario, pero presenciarlo fue una experiencia conmovedora.

La primera vez que subí a bordo me impactó lo inhóspito de los mamparos, la pintura de los cuales estaba toda desconchada. Me pareció que era un nuevo tipo de decoración interior muy poco favorecedor. Sin embargo, al cabo de poco tiempo me di cuenta que aquel extraño efecto era simplemente parte del procedimiento de la Marina para despojarse de cuanto no fuera necesario para la acción. En el interior de nuestro barco había otras muchas precauciones. La ropa blanca y las mantas que sobraban se habían dejado en tierra o se habían guardado bajo llave. Los colchones de las literas se colocaban contra los mamparos para que absorbieran los impactos de torpedos o fragmentos de proyectil.

Mientras durara la acción, los marinos debían dejar abajo las tradicionales gorras blancas típicas de la Marina. Toda la tripulación tenía que ir completamente vestida con zapatos, camisa y pantalón: no se podía trabajar en pantalón corto o camiseta por el riesgo de quemaduras. No se permitía llevar ropa

blanca en cubierta. Durante el combate se permitía el uso de los cascos de acero, pintados de gris acorazado. A los hombres que hacían las guardias nocturnas se les despertaba tres cuartos de hora antes en lugar de unos cuantos minutos, como era habitual de día, y se les ordenaba que estuvieran en cubierta media hora antes de empezar la guardia. Es el tiempo que tarda la vista en acostumbrarse a la oscuridad.

Antes de zarpar, se entregaron todas las armas de recuerdo y se lanzó por la borda la munición. Había una habitación cerrada bajo llave llena de rifles italianos y alemanes y de revólveres que los marinos habían conseguido de los soldados de primera línea. No deshacerse de la munición era una falta merecedora de consejo de guerra. En caso de incendio, los oficiales no querían balas perdidas zumbando por todas partes.

Los víveres se sacaban de sus embalajes y se colocaban por todo el barco, de manera que un impacto no pudiera destruir la totalidad de las existencias. Se dejaron en tierra todas las películas. No se permitían linternas en cubierta, ni siquiera encapuchadas. Las puertas de la cubierta tenían interruptores que funcionaban al revés que los de las neveras: cuando se abría la puerta, se apagaba la luz de dentro. Se había quitado el linóleo de la cubierta, así como las cortinas.

Debido a limitaciones de carga del avión que me había llevado al barco, había dejado atrás mi máscara antigás del Ejército. Antes de salir, la Marina me proporcionó una máscara de la Marina, como al resto de marinos. También me dieron uno de esos chalecos salvavidas modelo Mae West de color amarillo chillón, como los que llevan los aviadores.

Durante el período de invasión, toda la tripulación pertenecía a uno de los dos estatus: zafarrancho de combate y Alerta dos. «Zafarrancho de combate» es el término que utiliza la Marina para la alerta máxima y significa que todo el mundo ha de estar en pleno cumplimiento de sus obligaciones hasta que acabe el momento crítico. Lo mismo pueden ser veinte minutos que cuarenta y ocho horas. «Alerta dos» es una media alerta, cuatro horas de alerta y cuatro de no alerta, pero las horas de no alerta se pasan en el puesto de combate. Simplemente, da a los hombres una pequeña posibilidad de descanso.

Antes de zarpar, se distribuyeron por el barco una serie de instrucciones y advertencias mimeografiadas que acababan como sigue: «Esta operación será del todo ofensiva. El barco estará en zafarrancho de combate o en Alerta dos durante toda la operación, que puede que se alargue durante un largo período de tiempo. No habrá muchas oportunidades de descansar. Pueden estar seguros de que cuando esto acabe tendrán algo de qué hablar. El barco ha de hacer su trabajo.»

La noche antes de zarpar, como de costumbre, la tripulación escuchó el programa de radio de propaganda alemana que presentaba Midge, la chica estadounidense que se había vuelto nazi y que intentaba meterles miedo, desilusionarlos y deprimirlos. Como de costumbre, rieron de buena gana, burlándose de su charla infantil y traidora.

Supongo que, de un modo vago e indirecto, el privilegio de escuchar cómo tu enemigo intenta menoscarte la noche antes de que salgas a enfrentarte con él expresa el motivo por el que luchamos.

## La Armada se hace a la mar

La historia de nuestra invasión por mar desde que salimos de África hasta que descargamos en las costas de Sicilia es una historia de la Marina estadounidense. El proceso de transportar aquella inmensa fuerza de invasión y de protegerla por el camino fue uno de los trabajos más emocionantes de esta guerra.

Nuestros buques cuartel se pasaron una semana en el puerto, a la espera de que cargaran todos los demás barcos. Al final, sin que nos lo hubieran dicho, supimos que había llegado el gran momento, ya que todas las lentas barcazas de transporte de tropas habían pasado a nuestro lado en fila india en dirección al mar. Hacia las cuatro de la tarde, el puerto estaba vacío y nuestro barco se alejaba del muelle. Un sol espléndido bajaba ya por el cielo, aunque aún iluminaba con fuerza y daba calidez al ambiente. Dejamos atrás la ciudad destrozada por las bombas, decenas de barcos hundidos en la anterior batalla por el norte de África. Marineros y soldados en tierra que no vendrían con nosotros y que nos decían adiós con la mano. Nosotros les retornábamos el saludo con el sentimiento de superioridad que llevábamos todos dentro aunque no lo expresáramos: formábamos parte de algo histórico, éramos prácticamente hombres con un destino.

Nuestro barco se deslizaba a velocidad media, casi sin hacer ruido. Salvo los hombres de servicio, todo el mundo estaba en cubierta para ver por última vez suelo africano. La boca del

puerto era muy estrecha y justo cuando nos acercábamos al cuello, se oyó una voz por los altavoces del barco:

—¡A babor, firmes!

Todos los marinos se irguieron rápidamente, yo entre ellos, mirando hacia tierra firme. Allí, sobre el tejado plano de la Aduana del puerto, destrozada por las bombas, había una rígida guardia de honor —marinos británicos y estadounidenses— con nuestras dos banderas ondeando sobre ellos. El corneta tocaba mientras los oficiales hacían el saludo. Cuando se acabaron las notas, no se oyó ni un sonido. Nadie dijo nada. Pasamos ante ellos, camino de nuestra misión hacia lo desconocido. En las películas se hacen cosas efectistas como ésas, pero aquélla fue auténtica: una ceremonia del todo auténtica, de tradición antigua, y tan real que no podía evitar sentirme profundamente orgulloso.

Pasamos el rompeolas, con el mar batiendo contra él, y salimos a las oscuras aguas del Mediterráneo. Empezó a refrescar y en el horizonte desvaído empezó a formarse una bruma. De repente, fuimos conscientes de la escena que me sacudirá cada vez que piense en ello el resto de mi vida: era nuestra flota de invasión, que nos esperaba en formación allá a lo lejos, mar adentro.

Es imposible expresar el enorme tamaño de aquella flota. En el horizonte, parecía una ciudad lejana. Lo cubría a medias y los barcos de camuflaje, de colores apagados, se alzaban indistintamente sobre la curva de aguas oscuras, como una formación sólida de incontables estructuras que se entremezclaban. Formar parte de aquello era aterrador. Espero que ningún estadounidense tenga que ver jamás su equivalente navegando en contra nuestra.

Nos unimos a la flota y durante las horas que quedaban de día avanzamos lentamente. Nuestro barco y los demás buques de mando de apresuraban de un lado a otro para mantener el rebaño en formación haciendo señales con banderas y señales luminosas, instando a avanzar, dando órdenes e indicaciones hasta que el mar lleno de barcos empezó a quedar estampado de grupitos de barcos que seguían el rumbo adecuado.

Nosotros estábamos junto a la barandilla, preguntándonos qué sabrían los alemanes de nosotros. Sin duda, aquel inmen-

so despliegue era imposible de esconder y no pasaría desapercibida a los aviones de reconocimiento. Los agentes del Eje que estuvieran en la costa no tenían más que mirar por los prismáticos para ver el comienzo de la mayor flota de barcos de guerra jamás reunida hasta el momento en toda la historia del mundo. Los aviones aliados volaban en formación por encima de nosotros. Casi fuera del alcance de nuestra vista, los cruceros enormes y elegantes y los terribles destructores avanzaban a toda velocidad por nuestro perímetro para protegernos. Al anochecer, un escuadrón completo de despiadadas lanchas torpederas PT, con los motores rugiendo al unísono como si se tratara de bombarderos pesados, pasaron por delante de nuestra proa en dirección a Sicilia. Allí iba nuestra guardia; la suerte estaba echada. Ya no había vuelta atrás. Continuamos avanzando en la noche envolvente que quizás nos deparara un amanecer, o quizás no. Pero, nadie, de veras, nadie tenía miedo ahora, porque estábamos de camino.

Una vez rumbo a Sicilia, toda la tripulación del barco se mantuvo en Alerta dos: todas las posiciones de combate manejadas por la mitad de la tripulación mientras la otra mitad descansaba. Nadie dormía demasiado.

El barco iba lleno hasta los topes. Llevábamos personal extra del Ejército y la Marina, así que nuestro pequeño barco transportaba unas ciento cincuenta personas por encima de su capacidad. Llegaba a haber hasta cuatro turnos en el comedor de oficiales y los pobres chicos de color que servían las mesas se pasaban allí casi todas las horas que estaban despiertos. Todas las literas tenían al menos dos ocupantes y muchos oficiales dormían en cubierta. No te podías mover sin pisar a alguien.

El teniente comandante Fritz Gleim, un marine profesional que tenía un humor seco y bueno, señaló una mañana, durante el desayuno:

—En este barco todo el mundo es muy educado. Siempre piden perdón cuando te pisan. Me he acostumbrado tanto que continúo durmiendo aunque me pisen, así que ahora me zarandean hasta que me despierto y me pueden pedir perdón.

Como que durante la operación estaba prohibida cualquier cosa blanca en cubierta, varios marinos se tiñeron la gorra de azul. Fue una buena idea, salvo porque quedaron de un color púrpura pálido. También era norma que todo el mundo vistiera un casco de acero durante el zafarrancho de combate. Por algún motivo, yo tenía la idea de que los marines nunca llevaban salvavidas, pero estaba muy equivocado. Todo el mundo los llevaba en todo momento en la zona de batalla. Desde el momento en que zarpamos, no llevar salvavidas significaba romper una de las normas más estrictas del barco. Casi todo el mundo llevaba el que mide casi diez centímetros de ancho y se ata a la cintura con correas, como un cinturón. Tiene un tratamiento de goma, es plano y lleva dos pequeños cartuchos de aire comprimido, exactamente como los que se utilizan en las botellas de sifón. Si los aprietas, estallan y llenan de aire el salvavidas.

Yo escogí un chaleco salvavidas de la aviación, el modelo Mae West. Elegí ese porque te mantiene la cabeza en alto si estás inconsciente y sabía que al primer signo de peligro en seguida caería inconsciente. Además, cogí también un salvavidas de los soldados profesionales. Tenía un ánimo tan optimista que si en algún momento hubiera saltado al agua habría rebotado de vuelta al barco.

Una masa de dos mil barcos no se puede mover sin que se produzcan unos cuantos accidentes. No tengo ni idea de cuáles fueron las cifras totales en el conjunto de la flota, pero en nuestra sección fueron muy pequeñas. Media docena de embarcaciones de asalto tuvieron averías de motor y tuvieron que ser remolcados o quedaron rezagados y llegaron más tarde: eso fue todo. Varias veces al día nos sobrevolaban aviones aliados en formación. La mayor parte del tiempo no los veíamos, pero entiendo que tuvimos escolta aérea durante todo el viaje.

A los oficiales del barco les explicaron todo el plan de invasión justo después de zarpar. Además, a Charles Corte, fotógrafo de guerra, el único otro corresponsal a bordo, y a mí también nos dieron una imagen detallada de lo que nos esperaba. La primera mañana en alta mar, convocaron a los marinos en cubier-

ta y les explicaron a dónde nos dirigíamos. Yo estaba con ellos cuando les dieron la noticia y no vi que variaran su expresión ni un ápice, aunque después noté en ellos el entusiasmo renovado que les proporcionaba el simple hecho de saberlo.

Por cierto que la noticia fue la ocasión para ajustar las apuestas. Al parecer los chicos llevaban días apostando entre ellos sobre qué invadiríamos. Les sorprenderían las malas conjeturas que hicieron. Muchos habían pensado que sería la península Itálica; otros, Grecia; otros, Francia; y un pobre iluminado incluso cría que íbamos a Noruega.

Uno de los hombres del barco tenía la afición de apostar. Era George Razevich, del 1.100 de Douglas Avenue, Racine, Wisconsin. George era un excamarero y vendedor de cerveza. Apostaba por lo que fuera. Y si nadie aceptaba el desafío, apostaba en el otro lado. Antes de aquel viaje, George había estado haciendo apuestas sobre adónde iría el barco, pero prácticamente siempre hacía suposiciones erróneas. Debía más de cien dólares. Pero lo que perdía por su mala orientación lo compensaba con los dados, donde iba ganando mil dólares. George no hacía apuestas sobre la invasión porque según él nadie con un poco de sentido común sabía hacia dónde nos dirigíamos si no se lo decían antes. La última apuesta que oí por su parte era de diez dólares a que el barco regresaría a los Estados Unidos en dos meses. (No lo hizo.)

Cada noche, después de cenar, los marinos que no estaban de servicio se reunían en la popa del barco —que parece ser el equivalente al alcázar— y charlan en grupos joviales. En cubierta llevábamos dos jeeps, que utilizarían los comandantes del ejército cuando bajáramos a tierra. Los vehículos tenían señales que prohibían sentarse en ellos, pero nadie prestaba la más mínima atención a las señales. De hecho, una vez en marcha, no parecía haber la menor tensión o preocupación. Incluso el morbo había desaparecido.

La flota de dos mil era muchas veces mayor que la Armada española, y al menos la mitad de ella era británica. La planificación se llevaba a cabo conjuntamente entre británicos y esta-

dounidenses y las cifras eran conjuntas, pero en la operación real navegamos en flotas separadas y desembarcamos en zonas diferentes. La cifra de dos mil también incluía convoyes que venían de camino por mar desde Inglaterra y Estados Unidos, y que llegaron con refuerzos unos días más tarde. Sin embargo, cada sección de la invasión, fuera estadounidense o británica, era un logro gigantesco por sí misma. Y el plan al completo fue concebido, organizado y puesto en marcha en los cinco meses posteriores a la Conferencia de Casablanca. La mayor parte de nuestra flota de invasión cobró vida después de noviembre de 1942.

La Marina de los Estados Unidos tenía la misión de embarcar, transportar y dejar en tierras sicilianas a las tropas de invasión estadounidenses, ayudar a luchar en la batalla costera con los buques de guerra, y mantener el suministro constante de provisiones y refuerzos de vital importancia. Tras estar con ellos a lo largo de la operación, he de decir que profeso un gran respeto por la Marina. El personal para aquella gran misión hubo de ser escogido con tanta rapidez como la propia flota. No le robamos nada al Pacífico. Lo creamos todo de la nada. La tripulación de los nuevos barcos de invasión estaba compuesta por mil oficiales de los cuales menos de veinte era marines regulares. El resto eran civiles que casi de la noche a la mañana habían recibido entrenamiento para convertirse en lobos de mar. La mayoría de las embarcaciones de asalto habían cruzado el océano imponiendo su fuerza: eran de quilla plana, que sin duda no es lo más apropiado para navegar por aguas profundas. Sus capitanes eran todos jóvenes de escasa experiencia. Algunos de ellos llegaban apenas sin equipamiento alguno. Como dijo un marine, aquella flota heterogénea cruzó el Atlántico navegando «básicamente escupiendo al viento».

La fuerza de invasión estadounidense era transportada de África a Sicilia en tres inmensas flotas que navegaban por separado y que, a su vez, estaban divididas en flotas más pequeñas. Era prácticamente imposible gobernarlas como a una única flota; habría sido como intentar reunir todas las ovejas del mundo con un solo perro. Los barcos zarpaban del norte de

África desde todos los puertos, incluso desde los más pequeños, y todo estaba calculado como un horario de trenes.

Cada una de las tres grandes flotas de los Estados Unidos tenía un buque de mando en el que viajaba el almirante al cargo de esa flota y un general del Ejército al mando de las tropas que se transportaban. Cada buque de mando había sido equipado para ese fin, con un espacio extra para «salas de guerra». En ellas, rodeados de mapas enormes, los oficiales trabajaban duro en sus mesas y decenas de operadores de radio mantenían las comunicaciones. En las primeras fases de la invasión, antes de que se pudieran establecer centros de comunicación en la costa, fue desde estos buques de mando desde donde se dirigieron las diversas batallas que tuvieron lugar en tierra firme.

Nuestras tres flotas no eran idénticas. Una venía directamente de Estados Unidos y había parado en África el tiempo justo para que las tropas estiraran las piernas, tras lo cual había reemprendido la marcha. Las grandes flotas de transporte eran mucho más fáciles de maniobrar, pero los problemas empezaban cuando llegaban. Se tenía que descargar todo en las embarcaciones más pequeñas que los barcos grandes transportaban en las cubiertas y después trasladarlo a tierra firme, todo lo cual significaba un largo proceso de descarga. Cuando las tropas de asalto están recibiendo un ataque por tierra y los barcos que están a la espera lo están recibiendo desde el aire, créanme cuando les digo que la velocidad de descarga es tremendamente importante.

Además de los grandes transportes y nuestros cientos de lanchas de desembarco transatlánticas, nuestra flota estaba compuesta de remolcadores marinos, dragaminas, cazasubmarinos, submarinos, destructores, cruceros, minadores, barcos de reparación y barcasas autopropulsadas que llevaban montadas armas grandes. Teníamos prácticamente todo lo que puede flotar. Nunca nadie podrá saber hasta que haya pasado la guerra lo que entrañó la invasión de Sicilia, la tarea asombrosa que supuso. En Washington hubo muchísimo personal trabajando en ella hasta el último minuto y después lo trasladaron todo a África. Miles de civiles trabajaron día y noche. Durante meses, las tropas y las embarcaciones practicaron desembarcos. Había

que pensar en mil cosas y abastecerse de ellas. Que se pudiera hacer todo en cinco meses fue un milagro humano.

—Con todo —dijo un oficial naval mientras hablábamos de los detalles de la invasión cuando nos dirigíamos hacia ella— el público se sentirá defraudado cuando sepa donde desembarcamos. Esperan que invadamos Italia, Francia, Grecia, Noruega, y todo a la vez. La gente no se da cuenta de que hemos de ir paso a paso, y preparar este paso que estamos dando ahora ha llevado casi medio año.

Nuestro primer día en el mar fue como un crucero por el Mediterráneo en tiempos de paz. El tiempo estaba tal como lo habría leído en un folleto de viaje, ligeramente cálido y soleado, y el mar estaba tan en calma que parecía de terciopelo. Pero igualmente continuábamos en alerta, ya que en cualquier momento nos podía atacar un submarino, un barco o un avión. Con todo, cualquier tipo de ataque —incluso la idea de que alguien quisiera atacar a otro— estaba tan en desacuerdo con lo benigno del mar que costaba tomar en serio la posibilidad del peligro.

Había imaginado que quizás tendría miedo en el mar, navegando en una gran flota que sólo por su mera presencia ya justificaba un ataque, pero ahora me parecía imposible tener miedo. No podía evitar pensar en un párrafo de una de las historias de Joseph Conrad sobre el mar que había leído unos días antes. Pertenece a una historia llamada «El cuento» que trata sobre la última guerra, y expresaba perfectamente nuestro sentimiento sobre el mar inalterable:

«Lo que al principio asombraba al comandante era la cara inmutable de las aguas, con su expresión familiar, ni más amistosa ni más hostil. Los días buenos el sol golpea con sus chispas la superficie azul; aquí y allá, en la distancia, un pacífico borrón de humo y es imposible creer que el claro horizonte familiar localice el límite de una gran emboscada circular. [...] Al final del día, uno envidia a los soldados que se secan el sudor y la sangre de la cara y que cuentan los muertos caídos a manos suyas y miran los campos destrozados y la tierra desgarrada que parece sufrir y sangrar con ellos. Los envidia, de veras. La brutalidad final de esto —el sabor a pasión primitiva—, la

franqueza feroz del golpe que damos con la mano —la llamada directa y la respuesta directa. Pues bien, el mar no te proporcionaba nada de eso y parecía fingir que no pasaba nada con el mundo.»

Y así es como era en nuestro caso. Nunca antes se me había ocurrido que estar en aguas enemigas en tiempos de guerra fuera así.

Las horas diurnas eran serenas, pero el anochecer traía un cambio. No era en absoluto sensación de miedo pero sí la sensación dramática de aquel momento sobre la superficie de un mar que ha conocido una parte tan grande del gran equipamiento mundial para la guerra. A la tenue luz del anochecer, las formas se hacían indistinguibles. Los barcos cercanos sólo eran puntos más pesados contra el pesado fondo de la noche. Ahora creías haber visto algo, ahora no había nada. La gigantesca armada que nos rodeaba por todas partes era invisible, presente sólo porque sabíamos de su existencia.

Entonces apareció de la nada junto a nosotros la figura borrosa de un pequeño cazasubmarinos. Mantenía una velocidad constante y avanzaba a unos dos kilómetros y medio de nosotros. No veíamos a quien hablaba, pero oímos una voz por megafonía que nos hablaba de un fallo motor en una de las barcasas de transporte de tropas que iba más atrás.

Les respondimos dándole asesoramiento por megafonía y volvieron a respondernos; era una voz joven la que hablaba en la oscuridad. Podía imaginar a un capitán joven, con la cabeza descubierta, el chaleco salvavidas y los prismáticos, avanzando por la oscuridad del Mediterráneo. Un joven que poco antes no sabía de la existencia de ningún mar —el contable de su banco, quizás— y ahora allí lo teníamos, un hombre nuevo y extraño que estaba al mando de un barco, de pronto era una persona con responsabilidades importantes que desempeñaba con resolución su pequeña parte del enorme total que es nuestra guerra en todas las tierras y mares del planeta.

Ante aquella presencia inesperada allí, en medio de la inmensa oscuridad del Mediterráneo, me di cuenta claramente

de que en Estados Unidos todo el mundo había cambiado, de que todas las vidas se habían detenido de pronto y se habían reanudado igualmente de pronto con un rumbo diferente. Todo en este mundo se había parado excepto la guerra y todos éramos hombres con una nueva profesión que nos encontrábamos en una noche extraña y que cuidábamos los unos de los otros.

Así es como me sentí al oír a aquel chaval tan agradable que chillaba por encima de las aguas oscuras. Utilizaba palabras raras, de jerga náutica, y las pronunciaba con disciplinada deliberación, transmitiendo la fortaleza del propio mar. Eran las palabras fuertes y maduras del capitán de un barco, que decía: «Sí, sí, señor. Si hay algún cambio utilizaré mi propio juicio y le volveré a informar al amanecer. Buenas noches, señor.»

La oscuridad envolvió la armada estadounidense. Ni un solo punto de luz delataba aquellos centenares de barcos que avanzaban hacia su destino en medio de la noche, trasportando por el mar eterno e indiferente a decenas de miles de jóvenes que luchaban por... por... bueno, al menos los unos por los otros.

## Día D: Sicilia

Cuando nos dirigíamos a invadir Sicilia pasamos un par de malos momentos. Ambos nos parecieron catastróficos en su día, pero tuvieron un final tan feliz que parecía que el destino nos hubiera salvado deliberadamente de la aniquilación.

La primera vez que rozamos la tragedia fue debido al mal tiempo que hizo la madrugada del día que debíamos atacar Sicilia. La noche anterior el cielo había empeorado. El amanecer fue gris y neblinoso y el mar comenzó a agitarse. Incluso nuestros barcos, razonablemente grandes, se balanceaban violentamente y las lanchas de desembarco oscilaban a nuestro alrededor como tapones de corcho. A medida que avanzaba el día, el tiempo empeoraba. A mediodía, el mar era bravo incluso para los marineros profesionales; a media tarde, las olas rompían sobre la cubierta de los barcos; al anochecer, las olas parecían montañas. El viento aullaba a más de sesenta kilómetros por hora. Apenas nos manteníamos en pie en cubierta y el convoy, muy disperso, se revolcaba y se convulsionaba.

A primera hora de la tarde, los altos mandos de nuestros barcos comenzaron a fruncir el ceño. Estaban perplejos, enfadados y preocupados. Caray, en aquel punto, el Mediterráneo había sido un lago en calma durante todo un mes y justo en aquel momento tenía que aparecer de la nada aquella tormenta. Evidentemente, la situación podía convertir toda la misión en un desastre que costaría miles de vidas y prolongaría la

guerra durante meses. El mar crispado y los vientos podían ocasionar numerosos peligros graves:

1. La mayoría de nuestros soldados llegarían a la playa débiles y desconcertados por el mareo, lo cual reduciría en dos terceras partes su potencial de combate.
2. Nuestras barcas más lentas, que apenas se arrastraban entre el alto oleaje, podían llegar tarde a la cita y, con ellas, su imprescindible equipamiento acorazado.
3. El alto oleaje prácticamente imposibilitaba lanzar las lanchas de asalto desde los grandes barcos de transporte. Las barcas serían aplastadas, se perderían vidas y el ataque se vería seriamente debilitado.

Hubo un momento en el que parecía que para evitar el fracaso estrepitoso de la misión deberíamos aplazar el desembarco veinticuatro horas. En ese caso, nos veríamos obligados a dar media vuelta y navegar un día más, con lo que aumentaban las posibilidades de que nos descubrieran y de sufrir un ataque enemigo intenso.

Pregunté a nuestros mandos qué opinaban al respecto. «Dios dirá», fue la respuesta.

Sin duda les hubiera gustado cambiar de planes, pero llegados a aquel punto era imposible. Teníamos que seguir adelante pese a todo. (Más adelante me explicaron que el Alto Mando Supremo se planteó seriamente un aplazamiento.)

Muchos de los barcos de la flota llevaban globos de protección contra ataques aéreos. El golpe seco que sufría la cubierta de un barco al caer entre dos olas hacía que se rompiera el cable que sujetaba el globo, diseñado para volar a gran altura. La bolsa plateada que liberaba se elevaba más y más hasta que estallaba en el aire y desaparecía de la vista. Por la tarde observamos cómo se iban soltando los globos. Montones de ellos salpicaban el cielo sobre nuestro convoy. Esa noche, cuando la última luz del día comenzaba a atenuarse, sólo quedaban tres globos en toda la flota.

Ante nuestros ojos, los pequeños cazasubmarinos y las lanchas de asalto que transportaban a la infantería desaparecían por completo entre el oleaje y, apenas un momento después, se elevaban tan alto que parecían saltar claramente por encima del agua. Por la tarde, muchos de los marineros de nuestro barco estaban mareados. Enviamos un destructor por la flota para que examinara en qué estado se hallaban el resto de navíos. Al volver, nos dio la desesperanzadora noticia de que el treinta por ciento de los soldados estaban muy mareados. Un oficial de la Marina se había caído por la borda de una de las embarcaciones, pero otra que iba unos cuatro barcos por detrás lo había rescatado.

Durante la peor parte del temporal rezábamos y manteníamos la esperanza de que el tiempo se calmara antes de la puesta de sol. No lo hizo. Los oficiales intentaban bromear sobre el tema a la hora de la cena. Uno dijo:

Pensad que esta noche desembarcaréis en la playa, con un mareo de mil demonios, y justo delante de vosotros habrá un italiano al que le apestará el aliento a ajo.

A las diez me tumbé, vestido. No podía hacer nada y el mar embravecido me empezaba a provocar pinchazos en el estómago. En mi vida me había sentido tan deprimido. Me quedé allí echado y dejé que mi imaginación, excesivamente activa, dibujara una catástrofe violenta, total, para los esfuerzos bélicos norteamericanos antes de que llegara el nuevo día. Cuando por fin me dormí, el viento todavía aullaba y el barco saltaba y caía, suspendido en el vacío.

Lo siguiente que recuerdo es una voz retronante que anunciaba por megafonía:

Prepárense para abrir fuego. Puede que tengamos que disparar contra algunos reflectores.

Me puse en pie de golpe, sobresaltado. Los motores estaban apagados. El viento parecía completamente en calma. El barco estaba inmóvil y en un silencio sepulcral. Agarré el casco, salí corriendo a cubierta y miré por la barandilla. Estábamos anclados y no muy lejos podíamos ver la silueta de las colinas sici-

lianas. El agua lamía las paredes del barco con un sonido suave, como si las acariciara. Habíamos llegado. No quedaba ni rastro de la tormenta. Miré hacia abajo y vi la superficie del Mediterráneo, lisa y uniforme como la de una mesa. Algunas lanchas de asalto ya se deslizaban sobre el mar junto a nuestro barco en dirección a la costa. No soplaba ni pizca de viento. El milagro se había producido.

El otro mal momento llegó pisándole los talones a la tormenta. Estoy convencido de que, mientras el que fue nuestro barco continúe navegando por alta mar, la historia de los proyectores seguirá habitando como una leyenda en su sala de mandos y en su castillo de proa. Es la historia de unos minutos durante los cuales el destino del barco quedó a merced del capricho del enemigo, pero por algún motivo que seguramente nunca conoceremos, nunca llegó a darse la orden de destruirnos.

Estábamos a menos de seis kilómetros de la costa, que en el mundo de la artillería pesada prácticamente es sinónimo de estar colgado del cañón. Dos o tres barcos más pequeños estaban más próximos a la costa, pero el grueso de nuestra flota aguardaba alejada en algún punto del mar a nuestra espalda. Nuestro almirante tenía fama de acercarse siempre donde pudiera participar en el tiroteo, y sin lugar a dudas se mantuvo fiel a su reputación durante toda la invasión.

Apenas llevábamos un minuto detenidos cuando unos grandes proyectores se encendieron en la costa y comenzaron a rastrear las aguas. Al parecer, los vigías de la playa habían escuchado algún ruido en el mar. Las luces barrieron el agua oscura y tras varias pasadas de reconocimiento una de ellas se posó de lleno sobre nosotros y se detuvo. A continuación, y mientras todos conteníamos el aliento, uno tras otro los haces de luz se dirigieron a nuestro barco. Habían encontrado lo que buscaban.

Los cinco, distribuidos a lo largo de varios kilómetros la línea de la costa, nos encañonaron con sus luces blancas y quedamos indefensos como bebés en cueros. De hecho, si hubiera servido de algo, no me hubiera costado ponerme a berrear como uno, ya que toda aquella historia de los reflectores implicaba que el enemigo nos tenía en el punto de mira. No sólo

nos habían descubierto; nos habían atrapado en un embudo del cual no había escapatoria.

Era imposible que lográramos movernos lo bastante deprisa para huir de aquellos rayos. Estábamos a una distancia desde la que cualquier cañón nos podía alcanzar fácilmente. Éramos como un pato de feria. Estábamos atrapados en el extremo de cinco bastones de luz despiadados, absolutamente indefensos.

Cuando el quinto proyector se detuvo sobre el barco, todos mis hijos pasaron a ser huérfanos declaró posteriormente uno de los oficiales.

Otro recordaba:

Lo que me partió el alma fue cuando bajó el ancla. La cadena hizo tanto ruido que seguro que se oyó desde Roma.

Un tercero dijo:

El tipo que estaba junto a mí respiraba tan fuerte que no oí bajar el ancla. Entonces me di cuenta de que junto a mí no había nadie.

Nos situamos todos en posición para disparar contra las luces, pero esperamos. Teníamos tres opciones: comenzar a disparar y provocar el fuego de respuesta; levar el ancla y huir a toda máquina o quedarnos paralizados como ratones y esperar aterrorizados. Optamos por esto último. Nuestro almirante decidió que podía ser que no nos pudieran ver a través de la leve bruma, pero fue incapaz de explicarnos por qué las cinco luces se habían detenido sobre el barco si no lo veían.

No sé cuánto tiempo permanecieron aquellas luces sobre nosotros. Nos parecieron horas, pero quizás no pasaron más de cinco minutos. En cualquier caso, tras un rato increíblemente largo, de pronto una de ellas se apagó. Después se fueron apagando el resto, una tras otra. La última continuó largo tiempo sobre el barco, como si jugara con nosotros, y entonces se apagó como las demás, dejándonos inmersos de nuevo en la bendita oscuridad. No se había producido ni un solo disparo.

Durante el incidente, nos habían ido pasando por al lado lanchas de asalto a toda velocidad, y pocos minutos después llegaron a la playa. Los proyectores se volvieron a encender, pero

a partir de aquel momento estuvieron demasiado ocupados rastreando la propia arena. A corta distancia, nuestras tropas atacantes no tardaron en apagarlos abriendo fuego sobre ellos.

Lo único que sé con certeza es que no sólo apagaron algunos de ellos, sino que los abandonaron inmediatamente. Nunca descubrimos por qué la artillería pesada italiana no nos había dispensado un buen recibimiento. Tras llegar a tierra, al amanecer, algunos de nosotros inspeccionamos los alrededores. No encontramos a los soldados encargados de los proyectores, pero otros soldados italianos y algunos ciudadanos locales nos dijeron que los hombres de la playa estaban tan aterrorizados por aquello que les iba a atacar desde el mar que les dio miedo emprender cualquier acción.

Supongo que les debo amor eterno a los italianos que estaban tras los proyectores y las armas aquella noche. Gracias a ellos, San Pedro tendrá que esperar un poco para escuchar la historia de los proyectores.

Justo antes del amanecer me tumbé para dar una cabezada de unos minutos, consciente de que la tregua previa al alba no iba a durar mucho una vez saliera el sol. Como era de esperar, en el mismo instante en que despuntó la primera luz del día, se desencadenó el infierno en una extensión que ocupaba kilómetros a nuestro alrededor. De pronto el aire se llenó de estruendo, peligro y tensión, y el cielo gris quedó salpicado de incontables nubes de humo negro de la artillería antiaérea.

Habían aparecido aviones enemigos para bombardear nuestros barcos. Se encontraron con un caluroso recibimiento por parte de nuestros miles de cañones y con uno todavía más caluroso gentileza de nuestros propios aviones, que habían anticipado su llegada y les estaban esperando.

Entonces el velo de la noche se levantó para dar paso a una escena de acción desenfrenada. Nuestras pequeñas lanchas de asalto estaban por toda la playa, desembarcando soldados y partiendo de inmediato a toda velocidad. Barcos de todos los tamaños se acercaban a la costa mientras otros se alejaban de ella. Había más barcos dispersos en el mar hasta donde alcan-

zaba la vista, tantos que era imposible contarlos. Los más grandes estaban lejos de tierra, esperando su turno para llegar a la playa, formando un muro sólido en el horizonte a nuestra espalda. El mar, atrapado entre aquel muro y la línea de la costa, quedaba entrecortado por la flota. En medio de aquel desenfreno, una fila de barcasas cargadas de tanques se dirigía hacia la playa girando siempre en los ángulos adecuados, como si atravesara un bosque siguiendo el curso de una autopista. Resoplaban en fila india, respetando una separación de unos cincuenta metros entre ellas y, aunque su avance era lento, destilaban una calma tan implacable que me hizo pensar que iba a ser necesario un poder más inmenso que cualquiera que yo conociera para lograr que se desviarán de su camino. Los aviones atacantes se marcharon, pero acto seguido los cañones italianos comenzaron a disparar desde las colinas que había tras la playa. Al principio, los proyectiles aterrizaraban en la costa levantando pequeñas nubes de polvo amarillo al explotar. Entonces apuntaron a los barcos. No nos acertaron en ningún momento, pero se acercaron tanto que la cabeza nos daba vueltas. Apuntaban a un blanco tras otro, y uno de esos blancos resultó ser nuestro barco.

En cuanto abrieron fuego, nos pusimos en marcha, no para huir, sino para estar en movimiento y ser un blanco más difícil. Un proyectil cayó en el agua cincuenta metros por detrás de nosotros y levantó un géiser de espuma de mar. Al explotar emitió un aullido aterrador, idéntico al de un mortero al explotar en tierra firme. Se suponía que nuestro barco no iba a participar muy activamente en el ataque de artillería, pero aquello colmó la paciencia del almirante, que ordenó que nuestros cañones pasaran a la acción, y durante los siguientes diez minutos hicimos más ruido que el arsenal de Edgewood al saltar por los aires.

Algunos disparos preliminares nos sirvieron para calcular distancias y seguidamente comenzamos a bombardear la ciudad y las posiciones de artillería de las colinas. El barco entero se sacudía tras cada salva y sobre cubierta llovían los casquillos chamuscados de los proyectiles.

Durante el bombardeo nos desplazábamos a toda máquina

en paralelo a la costa, a un kilómetro y medio de distancia de ella. Por primera vez descubrí cómo se desarrollaba una maniobra de aquel tipo. Nos ocupamos del bombardeo dos destructores y nosotros mismos mientras el resto de embarcaciones que había cerca de tierra se desplazaban a gran velocidad para no ser blanco fácil y viraban trazando semicírculos cerrados que dejaban tras ellas estelas en forma de media luna. El mar tenía un aspecto francamente extraño, abarrotado de surcos semicirculares y de cosas que giraban hacia uno y otro lado en un caos muy bien planificado.

Navegábamos a toda máquina durante casi cinco kilómetros y disparábamos varias veces por minuto. Por algún motivo, me resultaban emocionantes tanto aquella velocidad tan poco habitual como el ruido del acero que disparábamos a mansalva. Si me fijaba atentamente, era capaz de seguir la trayectoria de los proyectiles casi hasta llegar a la costa, donde podía apreciar las nubes de humo gris en el punto de impacto.

Al final de cada trayecto virábamos a tal velocidad que el barco se inclinaba pronunciadamente. A continuación retomábamos la marcha en sentido contrario. Los dos destructores hacían lo mismo y nos cruzábamos con ellos a medio camino. Parecíamos tres caballos arando un campo de trigo arriba, abajo, arriba, abajo, arando surcos alternos. Los cambios constantes de posición nos situaban en la fila más cercana a la playa en una pasada y en la más alejada un par de trayectos más tarde. En ocasiones nos encontrábamos al borde mismo de las aguas de color verde pálido, demasiado poco profundas para acercarnos más a la costa.

Durante toda esta escena de acción, estuve sobre una gran caja de acero llena de munición en la que un letrero advertía «Manténgase alejado», rodeado de cañones por tres flancos y con una chimenea a mi espalda. Era un lugar tan seguro como cualquier otro, me mantenía fuera del paso y me permitía verlo todo perfectamente.

Finalmente, el fuego italiano remitió y los dos destructores se acercaron a la costa tanto como pudieron y reemprendieron su vaivén metódico. La única diferencia era que esta vez no disparaban. Las chimeneas de los destructores expulsaban gigan-

tescas nubes de humo negro. Como el humo parecía no asentarse, tuvieron que hacer cuatro pasadas para ocultar completamente la playa. Entonces nuestras barcasas cargadas de tanques y más lanchas de infantería aprovecharon la cobertura para llegar a tierra.

Poco después pudimos ver cómo los tanques disparaban contra la ciudad. Apenas tuvieron que disparar un par de salvas para que se rindiera. Así terminó el combate en la playa en nuestro sector del frente estadounidense. Nuestra tarea más ardua había terminado.

En el argot de las invasiones, el día en que el ejército ataca un nuevo país se llama Día D, y la hora a la que alcanza la playa es la Hora H. En la Tercera División de Infantería, por la cual yo tenía bastante propensión, la Hora H se había fijado a las 2.45 de la madrugada del día 10 de julio.

Ése era el momento en el que debía comenzar el primer asalto en masa contra la playa. En realidad, los paracaidistas y los Rangers habían llegado horas antes. Las otras dos grandes fuerzas estadounidenses, que viajaban desde el norte de África en unidades separadas, desembarcaron en la playa a gran distancia por nuestra derecha y a la misma hora que nosotros. Supimos el momento preciso del desembarco por el tiroteo que se produjo durante la primera hora del asalto.

Desde nuestro barco, me pareció que el infierno se había apoderado de la costa, pero más adelante, al recordar la escena sabiendo lo que había pasado en realidad, no me pareció algo tan tremendamente espectacular. La mayor parte de nuestro sector especial de la costa cayó con relativa facilidad, y nuestros cañones navales no iniciaron los fuegos artificiales contra la costa hasta después del alba. Las tropas de asalto realizaron todo el trabajo preliminar con rifles, granadas y ametralladoras. Desde el barco oíamos el tartamudeo de las ametralladoras, con detonaciones cortas primero y largas después.

No sé si oí fuego italiano o no. En Túnez siempre distinguíamos las ametralladoras alemanas porque disparaban mucho más deprisa que las nuestras, pero aquella noche el tiroteo

parecía respetar un mismo ritmo e idéntica calidad de fuego. De vez en cuando veíamos munición trazadora roja que surcaba la oscuridad con una trayectoria arqueada. Recuerdo un proyectil en concreto que debió de rebotar contra una roca, porque de pronto cambió de trayectoria y se elevó hacia el cielo. A veces divisábamos el destello fugaz de una granada de mano. Durante la noche ni siquiera se produjeron combates aéreos y sólo vimos algunas bengalas disparadas desde la playa.

En realidad, nuestra participación en el asalto fue mucho menos espectacular que las maniobras para practicar el desembarco que había visto hacer a nuestras tropas en Argelia.

En el sector de nuestra derecha, a unos veinte o veinticinco kilómetros de nuestra posición, el espectáculo era mucho más intenso. En ese lugar, la Primera División de Infantería topó con una oposición férrea y su apoyo naval permaneció a varios kilómetros de la costa, desde donde bombardeó la artillería enemiga de las colinas. Más allá, la Cuarenta y Cinco encontró mar agitada y malas playas.

Era la primera vez que veía usar grandes proyectiles de artillería trazadora de noche y era algo fascinante. Desde nuestra ubicación era como ver un partido de tenis disputado con pelotas rojas, salvo que todas las pelotas iban en una misma dirección. En algún punto alejado de la oscuridad aparecía un destello dorado. De ese destello surgía un punto rojo minúsculo. Era la pieza de artillería, que cubría el primer cuarto de su trayecto total casi instantáneamente. Entonces, milagrosamente, proseguía su viaje a una velocidad mucho menor, como si hubiera pisado un freno. No parecía haber ninguna transición entre ambas velocidades. En un momento, la pieza pasaba de ir deprisa a ir despacio, y en lugar de trazar un arco descendente al reducir la velocidad, sorprendentemente mantenía una trayectoria casi del todo horizontal, como si avanzara sobre ruedas por una carretera nivelada. Finalmente, tras un vuelo tan largo que parecía increíble que pudiera mantenerse en el aire, desaparecía con un pequeño fogonazo al impactar contra algo en la playa. Mucho después, el sonido de la tremenda explosión llegaba retronando sobre el agua.

Al llegar la luz del día, contemplamos la ciudad de Licata

desde cubierta y vimos la bandera estadounidense ondeando sobre una especie de fuerte situado en una colina que se alzaba justo detrás de la ciudad. Pese a que la ciudad misma no se había rendido, algunos Rangers habían escalado hasta allí y habían izado la bandera.

Nunca se dará bastante crédito a la Marina por llevar las tropas a la costa tal y como lo hicieron. La gente es incapaz de imaginar hasta qué punto es casi imposible llegar con un convoy al punto exacto de destino en completa oscuridad, identificar un punto de referencia concreto en una costa totalmente desconocida y a continuación llevar el barco sin incidentes justo hasta ese lugar. Todos los barcos de nuestro sector llegaron bien a la costa. Me han dicho que fue la primera vez en la historia que se había logrado algo semejante. El mejor homenaje que se puede hacer a la precisión de la Marina son las palabras de un soldado que, pasado un tiempo, dijo al teniente general Lucian Triscot, comandante de la Tercera División:

Señor, mientras iba de pie en la lancha de asalto, con el arma en la mano, tenía miedo. Después llegamos a la costa y nos tiramos todos al agua, y en aquel momento tuvimos más miedo que nunca. Entonces llegamos a la playa caminando, miramos a nuestro alrededor y justo delante de mí vi una casa blanca, en el preciso lugar donde usted había dicho que estaría, y a partir aquel momento dejé de tener miedo.

Puesto que era un corresponsal acreditado para la Marina, mi intención inicial era centrarme en el aspecto naval de la invasión y no tenía pensado bajar a tierra firme en días. Sin embargo, tal y como se habían desarrollado los acontecimientos, no pude resistir la tentación de ver cómo iban las cosas en tierra firme, así que subí a una lancha de asalto y fui hasta la playa de aquella zona, en la costa sur, unas seis horas después del desembarco de nuestras primeras tropas de asalto.

No habían encontrado a nadie, lo cual, al parecer, había sido una completa sorpresa. Nuestras tropas habían recibido un adiestramiento tan extremo que en vez de alegrarse de no encontrar oposición estaban realmente molestas.

Me detuve a hablar con los artilleros, que acababan de enterrar y camuflar un obús. Los soldados cavaban trincheras en una tierra dura que costaba mucho de remover. Nuestros hombres estaban furiosos con los italianos:

No hemos podido disparar un solo tiro protestó uno de ellos realmente disgustado.

Son soldados plancha dijo otro, aunque no tengo muy claro qué quería decir.

Hablé con un Ranger que había estado en Dieppe, El Guettar y otras batallas sangrientas, y me dijo que Sicilia había sido la más fácil de ellas con diferencia. Añadió que se sentía irritado y nervioso porque tras un entrenamiento tan arduo finalmente el trabajo se había esfumado. ¡El pobre estaba realmente dolido por ello!

Aquel Ranger era el sargento Murel White, un hombre rubio y afable, de mediana estatura, natural de Middlesboro, Kentucky, que llevaba un año y medio al otro lado del océano. En casa le esperaban una esposa y una hija de cinco años. Llevaba el bar de su tío en Middlesboro y me contó que cuando terminara la guerra tenía pensado beberse todo lo que hubiera en el bar y después pasarse el resto de su vida detrás de la barra.

El sargento White y su oficial al mando participaron en el primer grupo que pisó tierra. Les disparaba un nido de ametralladoras y treparon una colina situada a unos quinientos metros del nido para ir a por él. Para ello utilizaron granadas de mano.

Tres se escaparon explicó White, pero los otros tres fueron derechitos al cielo.

Nuestro sector, en el extremo occidental de la invasión, abarcaba ambos flancos de la ciudad de Licata, unos veintitrés kilómetros de costa. Cuando llegué a tierra, la playa ya estaba totalmente organizada y la escena era asombrosa, porque era sencillamente asombroso que hubiéramos hecho tanto en tan sólo unas horas. En realidad parecía que lleváramos meses trabajando allí. Poco después del alba, nuestras tropas costeras y los cañoneros de la Marina habían destruido las últimas piezas de artillería enemigas de las colinas. A partir de ese momento, aquel primer día fue una jornada corriente dedicada a descar-

gar los barcos en la playa tan deprisa como fuera posible. Las únicas interrupciones fueron una media docena de bombardeos en picado.

Cada flota invasora actuaba de un modo completamente independiente respecto a las demás. La nuestra llevaba infantería y tenía cientos de barcos. El grueso de la flota estaba formado por montones de lanchas de desembarco nuevas cargadas de hombres, camiones, tanques y suministros de todo tipo.

Todos los barcos de nuestra flota, salvo los cañoneros, tenían la quilla plana y podían atracar en la playa. Los barcos parecían una sábana extendida que cubría el Mediterráneo hasta donde alcanzaba la vista. Como la playa no era lo bastante grande para acogerlos a todos a la vez, se acercaban a ella siguiendo las instrucciones del buque de mando, descargaban y retrocedían de vuelta al convoy para volver a cargar.

Una embarcación pequeña, cargada con unos doscientos soldados, podía descargar en unos pocos minutos, pero las más grandes, que transportaban tanques, camiones y artillería pesada, necesitaban mucho más tiempo. No era una costa especialmente buena para nuestros propósitos, ya que la pendiente era demasiado gradual y eso hacía que las barcas encallaran a unos cincuenta metros de la playa. La mayoría de hombres tuvieron que saltar a unas aguas que les cubrían por la cintura y llegar a pie a la playa. El agua estaba fría, pero el intenso viento los secaba en menos de media hora y sólo les dejaba mojada las botas, que quedaban encharcadas por dentro para el resto del día. Que yo sepa, en nuestro sector de la operación no murió ningún hombre ahogado.

En cuanto a la playa, había quedado organizada como un enorme puerto metropolitano que se extendía a lo largo de kilómetros. Centenares de soldados identificados con brazaletes negros y amarillos con las letras SP (Shore Patrol, o patrulla costera) dirigían el tráfico que abandonaba los barcos. Grandes pancartas blancas, cuadradas, de un metro y medio de lado, indicaban los puntos donde debían atracar los barcos. En seguida se fijaron en la orilla letreros de madera pintada que indicaban a las diversas unidades cómo llegar a los diferentes puntos de encuentro. Casi no se producían atascos ni quedaban caminos

bloqueados. Los ingenieros habían desembarcado justo después de las tropas de asalto. Habían tendido cientos de metros de arpillera sobre la cual habían colocado malla de alambre, en lo constituía una carretera provisional que recorría la playa de arriba a abajo.

Quedé impresionado por la velocidad a la que tomaba forma nuestra organización en tierra. A media tarde, el campo que se extendía tierra adentro estaba lleno a rebosar de tropas y vehículos de todo tipo. En una ladera había tanques suficientes para librar una gran batalla. Los jeeps volaban en todas direcciones. Habían tendido cables telefónicos en el suelo e instalado puestos de mando en huertos y edificios antiguos. Las unidades médicas trabajaban bajo los árboles o en cobertizos de piedra abandonados.

Los campos estaban repletos de miles de cajas de munición. También estaban instalando cocinas de campaña, y en poco tiempo la comida caliente iba a reemplazar las raciones K que habían llevado los soldados aquel primer día.

Los estadounidenses trabajaban con dedicación y a gran velocidad. Vi algunos oficiales que parecían algo inquietos, pero en general la horda de hombres que desembarcaron en aquella tierra extranjera eran tranquilos, decididos y eficientes. Los sicilianos, asombrados, se limitaban a contemplar maravillados la rápida precisión de cuanto sucedía.

Las defensas enemigas de nuestro sector especial eran casi infantiles. No se molestaron ni en sabotear su puerto ni en volar los dos puentes del río para dividir nuestras fuerzas en dos. Sólo tenían unas pocas minas en las playas y prácticamente no había alambre de espino. Habíamos ido allí preparados para abrirnos camino entre una sólida barrera de minas, ametralladoras, artillería, alambre de espino y fuego líquido, e incluso esperábamos tropezar con algún arma novedosa y letal. Sin embargo, no encontramos nada parecido. Fue como subir al ring esperando luchar contra Joe Louis y encontrar esperándonos a Caspar Milquetoast.

Los italianos ni siquiera dejaron muchas bombas trampa aguardándonos. Estuve a punto de pisar una cuando cruzábamos un campo, pero era obvio que más que plantarla la habían

dejado caer. En los muelles encontramos cajas enteras repletas de bombas trampa. Ni siquiera las habían abierto.

Los obstáculos que habían puesto en la carretera a las afueras de la ciudad eran hilarantes. Consistían simplemente en armazones de madera ligera del tamaño aproximado de una mesa de cocina envueltos en alambre de espino. Los obstáculos atravesaban la carretera y sólo teníamos que cogerlos y echarlos a un lado. No hubieran servido para detener a una vaca, mucho menos para detener un tanque.

Puesto que los soldados invasores de nuestra sección no tenían mucho que explicar sobre la batalla, miraban a su alrededor para ver qué les ofrecía aquel nuevo país, y el descubrimiento que más comentaron resultó totalmente inesperado: no eran las *signorinas*, ni el vino, ni el Monte Etna; ¡era el hecho de haber encontrado campos de tomates maduros! ¡Y cómo los devoraban! A lo largo del día escuché hablar de ello a más de veinte soldados y parecía que hubiesen encontrado oro. Otros decían que también habían encontrado sandías, aunque yo no vi ninguna.

Fui en coche a la ciudad de Licata con el mayor Charles Monnier, de Dixon; Illinois, el sargento Earl Glass, de Colfax, Illinois; y el sargento Jaspere Taormina, que vivía en el número 94 de la calle Starr, en Brooklyn. Todos eran ingenieros.

Taormina conducía y los otros dos sujetaban metralletas y permanecían alerta en busca de francotiradores. El propio Taormina estaba tan ocupado buscando francotiradores que metió una rueda en el hoyo que había dejado la explosión de un obús en mitad de una calle y estuvo a punto de hacer volcar el jeep. Era descendiente de sicilianos. De hecho, su padre había nacido en una ciudad situada a tan sólo treinta kilómetros al oeste de Licata y, por lo que sabía el sargento, su abuela todavía vivía allí. Como hablaba bien el italiano, fue él quien se encargó de hablar con la gente de la zona que encontrábamos por la calle. Le contaron que estaban hartos de que los alemanes les intimidaran y les mataran de hambre. Al parecer, en Licata los alemanes tenían montones de trigo en graneros cerrados con llave. Los habi-

tantes de aquellas tierras tenían la esperanza de que abriéramos los edificios y les diéramos una parte del grano.

Licata es una ciudad de unas treinta y cinco mil almas. Un río pequeño atraviesa la localidad, que cuenta con una calle principal ancha y un pequeño puerto en buen estado. Los edificios están hechos con la piedra local, de un color gris mortecino y muy antigua, pero sólida. La ciudad no había sido bombardeada. Los únicos daños que había sufrido eran los de algunos de los proyectiles que habíamos disparado al alba desde los barcos. Algunos edificios habían perdido las esquinas y en las calles había unos cuantos agujeros de un tamaño considerable causados por proyectiles, pero en general Licata había soportado bastante bien el ataque.

Los habitantes de la ciudad decían que si su ejército había presentado una oposición tan pobre en nuestro sector era porque los soldados no querían luchar. Era evidente que no lo deseaban, pero a aquellas alturas de la partida teníamos poco contacto con otras fuerzas estadounidenses y pensamos que los italianos quizás se habían retirado de allí para luchar con más crudeza en algún otro lugar.

No hacía ni dos horas que el sol se alzaba en el cielo y nuestras tropas ya habían construido en las laderas onduladas campamentos de prisioneros de guerra hechos con alambre de espino, y durante todo el día condujeron por las carreteras hacia ellos a soldados y civiles. En el primer campamento al que llegué, había unos doscientos soldados italianos, acompañados del mismo número de civiles, sentados todos en el recinto que delimitaba el alambre de espino. Sólo había dos alemanes, ambos oficiales. Estaban sentados aparte y desdeñaban a los italianos. Uno tenía los pantalones quitados y llevaba las piernas cubiertas de mercurina allí donde se las había rasguñado. Algunos civiles incluso se habían llevado las cabras al presidio.

Tras hacer indagaciones sobre ellos, liberaron a los prisioneros inofensivos. Los cautivos italianos parecían cualquier cosa menos entristecidos. Comían galletas, hablaban animadamente con cualquiera que quisiera escucharles y pedían cerillas a sus guardianes estadounidenses. Como de costumbre, la zona se llenó inmediatamente de historias sobre prisioneros

que habían vivido veinte años en Brooklyn y que se nos acercaron sonriendo para preguntar cómo iban las cosas en el viejo y añorado Flatbush. Parecían aliviados y amistosos, y actuaban más como un pueblo que acababa de ser liberado que como uno recién conquistado.

Los civiles que encontrábamos en las carreteras y los pueblos sonreían y nos saludaban. Los niños nos dedicaban saludos militares. Muchos nos mostraban su propia versión de la V de la victoria alzando ambos brazos. Nos repetían una y otra vez que no querían luchar. Nuestros soldados no se mostraban excesivamente entusiastas ante los saludos de los sicilianos. Estaban demasiado ocupados llevando el equipamiento a la playa, identificando a los auténticos enemigos y afianzando su posición como para saludar a todo el mundo cual monos de circo. Al fin y al cabo, continuábamos en guerra y aquella gente, aunque absurda y patética, eran enemigos y los causantes de las penurias que habíamos pasado para ir tomar sus tierras.

En conjunto, la gente de aquellos lares parecía una panda de hombres de tercera categoría. Llevaban ropa pobre y parecía que siempre lo habían sido. Pocos de ellos tenían un rostro realmente expresivo y no dejaban de entorpecer el tráfico, exactamente igual que los árabes. A la puesta de sol, la mayoría de nuestros soldados resumían sus impresiones sobre aquel territorio recién conquistado y sus habitantes diciendo: «Joder, esto está igual de mal que África.»

Cuando vimos Sicilia por primera vez nos decepcionó. Yo mismo había fantaseado con una isla exuberante, verde y pintoresca. Supongo que debía de pensar en la isla de Capri. En lugar de eso, la costa sur de Sicilia nos pareció un campo monótono de color marrón claro y sin demasiados árboles. Los campos de grano habían sido cosechados y estaban secos, pelados y cubiertos de polvo. Los pueblos eran de color gris claro y a distancia era imposible distinguirlos del resto del campo. El agua era extremadamente escasa. En las laderas, a menos de un kilómetro de la costa, la hierba humeaba, en llamas a causa de los proyectiles de nuestros cañones.

Hacía más fresco que en el norte de África. De hecho, el tiempo hubiera sido estupendo de no ser por el intenso viento que se levantaba por la tarde y que soplaba con tal fuerza que apenas podíamos hablar a campo abierto. Ese viento, que azotaba nuestras barcas en las aguas poco profundas, nos retrasó más que los soldados italianos.

Al final de aquel primer día de nuestra invasión de Sicilia, los estadounidenses miramos a nuestro alrededor desconcertados, incrédulos y considerablemente alarmados. Todo había sido tan fácil que teníamos la inquietud y la inseguridad del presentimiento de que algo terrible nos debía de aguardar en alguna parte. Habíamos previsto una carnicería aterradora en la playa que no se produjo. En lugar de sufrir miles de bajas, en los veintidós kilómetros de frente de nuestro sector especial se había perdido una cifra asombrosamente pequeña de hombres.

Antes de la puesta de sol, el ejército se había hecho con todo lo que esperábamos conquistar en los primeros cinco días de campaña. A media tarde, el campo que se extendía kilómetros tierra adentro estaba tan saturado de tropas y vehículos estadounidenses que antes parecía Túnez meses después de nuestra llegada que una tierra hostil que acabábamos de atacar aquella misma mañana. Por otro lado, el trabajo de llevar la vasta fuerza invasora a Sicilia se había completado tres días antes del tiempo previsto para el desembarco.

Los convoyes habían iniciado el viaje de regreso a África en busca de un nuevo cargamento antes de que acabara el primer día. Nuestra propia flota invasora no había sufrido más bajas que las normales debidas a fallos mecánicos. Era maravilloso y, evidentemente, ilógico. Por mucho que los italianos quisieran abandonar, ¿por qué se lo habían permitido los alemanes? ¿Qué había pasado? ¿Qué guardaba el enemigo en la manga? Nadie se hacía ilusiones de que la batalla de Sicilia hubiera terminado. Probablemente era inevitable que se produjeran potentes contraataques. Además, los bombardeos en picado de los alemanes se habían iniciado al ritmo de dos por hora, pero todo el mundo creía que, independientemente de lo que hubiera sucedido, habíamos gozado de un comienzo fabuloso que no podía jugar más que a nuestro favor.